

LIP, c'est fini?

TODO el mundo respira y se congratula: el gobierno, los sindicatos, los empresarios y los obreros, que el 29 de enero votaron por la suspensión de uno de los conflictos laborales más largos de la historia sindical. Conflicto y no huelga, pues durante los diez largos meses en que estuvieron sin jefes, los empleados de relojes LIP, de Besançon, no dejaron de producir, de vender y de administrarse. (Ver TRIUNFO números 570 y 574.)

En pocas líneas y fechas, sucedió así: el 17 de abril, después de varios años de gestión delicada, la dirección de LIP decide cerrar la fábrica. Días más tarde, los obreros secuestran a varios ejecutivos, se apoderan de un «botín de guerra» (dinero en metálico y 25.000 relojes) y reorganizan la producción. La fábrica funcionará en régimen de autogestión. Los 1.200 obreros siguen montando relojes y empiezan a venderlos entre los simpatizantes de Besançon. Pronto su acción se extiende a toda Francia. Se venden relojes LIP incluso en las anticámaras ministeriales y, a pesar de ser un acto ilícito, más de un ministro se jacta de llevar un LIP en la muñeca. Lo que en unas esferas se convierte en snobismo, es para otros un ejemplo. En Francia, los empleados de Cerizay y de Cemoi; en Inglaterra, otra fábrica de relojes, etcétera, imitan a los de LIP.

El 13 de julio, el Tribunal de Besançon decreta la liquidación de la sociedad. LIP deja de existir legalmente. El 1 de agosto, los empleados, reunidos en una asamblea general, rechazan la proposición del ministro de Industria, M. Charbonnel, que orientaba la empresa hacia una cooperativa. Charles Piaget, delegado de la CFDT, explica que una cooperativa no puede vivir en una sociedad capitalista. Los obreros vuelven a exponer sus reivindicaciones: mantenimiento de la empresa y readmisión de todos los trabajadores en las mismas condiciones que antes.

El 14 de agosto, en pleno sopor veraniego, con media Francia de vacaciones y cuando sólo 20 ó 30 empleados se encontraban en la fábrica (los de LIP se habían ido también de vacaciones), cientos de CRS entran en los talleres, expulsando a los ocupantes. Se instalan éstos en el gimnasio de Besançon, donde siguen montando relojes y reorganizan el servicio comercial.

Por segunda vez, los empleados de LIP rechazan un plan de inspiración gubernamental, presentado por un «mediador», M. Giraud. Esta «intransigencia» provoca el furor del primer ministro, que declara por primera vez

su famosa frase «LIP, c'est fini». La repetirá sin cesar, mientras que el ministro Charbonnel continúa las conversaciones con los «lipistas». Su autoridad saldrá malparada del asunto.

Pero también entre los sindicatos se empiezan a observar divergencias, lo que influye en la moral de los obreros. La CFDT (sindicato mayoritario en LIP) preconiza la resistencia hasta alcanzar resultados honorales; la CGT aconseja la aceptación de las propuestas gubernamentales y Georges Seguy critica la «manía de teorización» de la CFDT.

Desde este momento —allá por octubre—, LIP se convierte en una pesadilla para todo el mundo. Los empresarios temen la eternización del conflicto, con sus aspectos ejemplares; el gobierno ve disminuir su autoridad a medida que dura esta situación (una empresa que funciona fuera de la ley); para los sindicatos sigue siendo un tema de división, y los empleados empiezan a temer que, en definitiva, ellos solos paguen las consecuencias. Pero, ¿cómo reanudar las conversaciones? Y, sobre todo, ¿con quién, después de un nuevo y autoritario «LIP, c'est fini» de Pierre Messmer?

Pues sí. La burguesía saca entonces de la manga a dos jóvenes empresarios «progresistas»: José Bidegain, vasco nacido en Argentina, propietario de fábricas de calzado en las Landas. Fue expulsado dos veces del CNPF (Centro Nacional del Patronato Francés) por sus posiciones modernistas, y Claude Neuschwander, hombre de confianza del magnate de la publicidad, Leuistein-Blanchet. Neuschwander fue

vicepresidente del sindicato estudiantil UNEF en el difícil momento de la guerra de Argelia, dando una orientación política y radical al sindicato. Ahora es amigo a la vez de Michel Rocard (secretario general del PSU) y de Jacques Delors (consejero de Chaban Delmas).

Estos empresarios modernos proponen un nuevo plan a los sindicatos: reapertura de la fábrica el 30 de marzo, con 300 empleados; ampliación a 500 en septiembre y reintegración de todo el personal (si la empresa se desarrolla según las previsiones) en 1975. El proyecto, en lo referente a la situación del personal, parece menos interesante que el propuesto meses atrás por M. Giraud, que prometía la admisión inmediata de 989 empleados de los 1.200.

Pero ya no se puede seguir luchando ni discutiendo. En la última asamblea general del 29 de enero, los empleados ratifican rápida y masivamente el acuerdo concluido entre los representantes del poder económico y los sindicatos.

¿Quién ganó y quién perdió?

Georges Seguy puede tener razón al decir que «en las circunstancias actuales, los trabajadores no tenían otra solución, y se había llegado a un acuerdo más ventajoso en octubre».

Para Charles Piaget, de la CFDT, lo esencial era conservar la unidad del personal. «El plan anterior estaba destinado a dividirnos en varias empresas y romper el espíritu solidario que reina entre nosotros. Nuestra lucha reprecuó en muchos otros lugares.

Se seguirá hablando de nosotros. Aunque nunca se debe copiar nada, es un precedente. Es inadmisibles que haya aún 60.000 despididos colectivos anuales en Francia. Demostramos que se puede luchar contra eso».

«Sale victoriosa del asunto —escribe el diario católico «L' Croix», una fracción del CNPF (Centro Nacional de Empresarios Franceses), representada por Bidegain y Riboud, que va a poder explotar este éxito. Después de varios meses de inacción y de crítica (por la mala gestión de varias firmas), los empresarios reaccionaron. Claro que se trata del ala más abierta: Bidegain y Riboud fueron considerados siempre como francotiradores».

«Combat» —independiente— analiza también las dos tendencias que se revelaron entre los empresarios franceses: «Una, aferrada a sus principios, conservadora por naturaleza, que se une a Messmer para hacer pagar caro a los trabajadores de LIP por su lucha; otra, que se presenta más bien como un club de «managers» y no como empresarios de derecho divino. La solución del conflicto de LIP afirmó las diferencias estratégicas entre las dos tendencias. Esta división no dejará de acentuarse».

«Le Figaro», diario conservador, cree encontrar «la originalidad y el fondo del problema. Ciertamente —explica— que si nos atenemos a un puro formalismo jurídico, el derecho de la propiedad ha sido violado. Sin embargo, no se atentó contra ese derecho, sino contra su abuso. La evolución de la sociedad es tal que es imposible que un empresario no tenga en cuenta el interés de los productores, al mismo tiempo que su derecho de propietario. La quiebra, que entregaba al mercado el material junto con los hombres se convirtió, por su unilateralidad, en un procedimiento anti-cuado».

El derechista «L' Aurore» insiste en este aspecto: «No se puede autorizar legalmente la ocupación de las fábricas y la apropiación sindical de la explotación; menos aún de las reservas de dinero y de los «stocks» de mercancías. Sin embargo, hay que reconocer que ante esta apropiación, los juristas y los políticos se vieron muy desorientados en el pasado mes de junio. ¿No asistimos a la afirmación, seguida por un reconocimiento eventual, de una nueva noción de la propiedad, en provecho de los que crean las riquezas en las empresas, por su trabajo?».

Este diario derechista termina diciendo «que hay que ser muy ingenuo para creer —una vez más— que LIP, c'est fini». ■

RAMON CHAO.

José Bidegain, empresario «progresista» que ha jugado un importante papel en la elaboración del acuerdo sobre la reanudación del trabajo en la LIP.

